

## Natillas Sweet Experience [2005]

Dicen de los pingüinos que son unos grandes filósofos ya que se pasan las horas fijando su vista en el cielo, quizá preguntándose por qué son la única ave que no vuela.

Yo, sin embargo, al llevar lentillas no puedo bucear sin darme de trompazos, así que ya desde la niñez tuve la convención de que los agujeros de los enchufes eran puertas a otros mundos, de ahí que haya dedicado gran parte de mi vida a electrocutarme.

Una vez conocí a una pareja de pingüinos que realizaba su cuarta luna de mielen una granja llamada San Francisco. Ellos cultivaron mi inspiración con la práctica de los viajes en Corchas & Corchos Company.

Hicimos viajes iniciáticos que me orientaron en el arte de la búsqueda de la falta de concentración. Susodicha práctica me llevó un día a encontrarme bajo la lluvia subiendo a la Torre Eiffel mientras me planteaba qué hacia arriba cuando podía estar abajo o en medio.

De esta experiencia lo más sorprendente fue ver una paloma con auriculares Sony demostrándome el buen gusto de escuchar sin orejas. En estos momentos me pregunté algo pero ya no me acuerdo.

Sentía que estaba defraudando a mis maestros por mi falta de correspondencia a tanta sabiduría, así que tuve una recaída y me di a la comida. Llegué a tener un gran empacho de Rothko Burgers, pero ellos no se dieron por vencidos y me llevaron a un dietista poco conocido por aquella época llamado Duchampán, el cual me apuntó un curso intensivo de aeróbic que impartía un tal Lautrémont, el *Licudador*, con el que bajé de peso y aprendí mucho sobre la cirugía aplicada a la carpintería. Logré construirme un perchero de madera donde poder ordenar todas mis enseñanzas. Necesité que tuviese ácaros para así dar consistencia a mi personalidad asmática.

Por fin estaba preparado para mi último viaje. El destino era la casa de verano del bueno de Paulov, que nos recibió con unas pastitas y té con limón. Excepcionalmente conseguí corregirle la continua caída de babas que le generaba aquella halitosis permanente de la que nunca se percataron los restantes invitados, por el olor intenso a pelo sucio de Siddartha.

Pero toda mi alegría se tornó en una oscura melancolía cuando me di cuenta de que el mayordomo de la casa, el señor Labios Parada Frankfurt, había confundido a uno de mis maestros con una lámpara y le había obligado a tragarse tres pares de bombillas Osram, que le provocaron un fallecimiento instantáneo.

Aquello parecía el final de todo. Pingüina fue poco a poco absorbida por la tristeza de la pérdida de su gran amado. Y

ocurrió lo que era de prever: la hallé tiesa, momificada por los *kleenex* húmedos de su llanto. De ahí aprendí uno de los mayores tesoros del mundo, que el amor es la danza de nuestras vidas.